

XII

LA LOCURA

— Esta mañana — continuó Luisa — antes que nadie se hubiese levantado en casa de Mr. Ferrán, he venido á traer el dinero que me había dado Mr. Germán para rescatar á mi padre ; pero la cantidad no era bastante, y á no ser por vuestra generosidad no hubiera podido librarlo del poder de los alguaciles... Probablemente, después que he salido de la casa de Mr. Ferrán, habrán subido á mi cuarto... y se habrán hallado las señales que trajeron consigo este funesto descubrimiento... Ahora, señor, tengo que pedir os otra gracia — dijo Luisa sacando el paquete de oro del bolsillo : — ¿ me haréis el favor de entregar este dinero al señor Germán?... — Le había prometido no decir á nadie que estaba empleado en casa de Mr. Ferrán ; pero ya que vos lo sabéis, no cometo una indiscreción... Os lo repito, señor, delante de Dios que nos oye... no he dicho una sola palabra que no fuese la pura verdad... Ni aun he procurado disfrazar lo que me perjudicaba, y...

Interrumpióse Luisa de repente, y gritó llena de espanto :

— ¡ Mi padre!... mirad, señor, á mi padre... ¡ Ay, Dios mío ! ¿ que tiene mi padre ?

Morel oyó la última parte de esta declaración con la sombría indiferencia que Rodolfo había intentado explicar atribuyéndola al abatimiento de ánimo del desgraciado... Tan repetidos y violentos infortunios debían secar sus lágrimas y agotar su último resto de sensibilidad, no dejándole fuerzas ni aun para indignarse, según creía Rodolfo... Pero Rodolfo se engañaba. Á la manera de una antorcha moribunda, cuya llama se apaga y se enciende por intervalos, la razón de Morel, conmovida por tantos golpes, vaciló por algún tiempo, despidió algunos resplandores de inteligencia, y por último se oscureció enteramente.

El lapidario hacía algunos momentos que no oía ni entendía lo que pasaba junto á sí ; se había vuelto loco. Aunque la muela estaba al otro lado de la mesa, y aunque no tenía en la mano piedras ni instrumento alguno, fingía con el mayor afán y con espantosa fijeza de atención, las operaciones de su trabajo habitual con la ayuda de instrumentos imaginarios. Acompañaba esta pantomima con una especie de roce de la lengua contra el paladar, para imitar el ruido y el movimiento de rotación de la muela.

— ¡ Pero mirad, señor, mirad á mi padre ! exclamó Luisa cuyo asombro crecía por instantes.

Y acercándose luego al artesano, le dijo :

— ¡ Padre ! . . ¡ padre mío !

Morel volvió la vista hacia su hija con el mirar turbado, vago é indeciso, propio de los dementes ; y sin desistir de su insensata maniobra, respondió en voz baja, dulce y melancólica :

— Debo mil trescientos francos al notario... el precio de la sangre de Luisa... ¡ Es preciso trabajar, trabajar, trabajar ! ¡ Caramba ! ¡ yo le pagaré, le pagaré, le pagaré !...

— ¡ Pero, Dios mío, esto no es posible... esto no puede durar !... No está loco enteramente, ¿ no es verdad ? — exclamó Luisa con una voz que desgarraba el corazón. — Luego recobraré el juicio... no es más que un momento de delirio...

— ¡ Morel !... ¡ amigo mío ! — le dijo Rodolfo — estamos aquí... Vuestra hija está inocente... la tenéis ya á vuestro lado...

— Mil trescientos francos...

Dijo el lapidario sin mirar á Rodolfo, y continuó su simulado trabajo.

— ¡ Padre ! — exclamó Luisa cayendo de rodillas y cogiéndole las manos entre las suyas, á pesar de la débil resistencia de su padre — soy yo... soy Luisa...

— ¡ Ah ! ¡ mil trescientos francos !...

Repitió, apartando de sí á Luisa.

— Mil trescientos francos... y sino — repitió en voz baja y como si quisiese encargar el secreto — y sino guillotinarán á Luisa...

Y volvió á fingir que daba vuelta á la rueda.

Luisa lanzó un grito terrible.

— ¡ Está loco ! — exclamó — ¡ está loco !... ¡ y soy yo... y soy yo la causa !... ¡ Ah ! ¡ Dios mío ! ¡ Dios mío !... ¡ bien sabéis que no tengo la culpa... es ese monstruo !...

— ¡ Vamos, hija mía, tened confianza ! — dijo Rodolfo — no desesperéis todavía... es una demencia momentánea. Vuestro padre ha sufrido demasiados golpes, y la fuerza de un hombre no puede resistir tantos tormentos... Su razón se ha oscurecido por un momento... pero al fin volverá á recobrarla.

— Pero mi madre... mi abuela... mis pobres hermanos... ¡ Dios mío ! ¿ que será de todos ellos ? — gritó Luisa. — Quedan sin él y sin mí, desamparados... van á morir de hambre, de miseria, de desesperación...

— Tranquilizaos, hija mía ; les quedo yo, y os prometo que nada les faltará. Tened valor ; os digo ; vuestra revelación traerá consigo el castigo de un gran criminal. Me habéis convencido de vuestra inocencia, y vivid segura de que será reconocida y divulgada.

— ¡ Ah ! señor, ya veis este desastre... la deshonra, la demencia, la muerte...

¡ Ved los males que ha causado ese hombre ! ¡ y nada se puede hacer contra él !... ¡ nada !... ¡ Ah ! esto es el colmo de la desgracia !...



¡ Está loco ! exclamó : ¡ Está loco !

— El pensamiento contrario debe haceros esperar el remedio de vuestros males.

— ¿ Qué queréis decir, señor ?

— Vivid segura de que seréis vengados.

— ¡ Vengados !...

— ¡ Sí !... Y os juro — repuso Rodolfo con solemnidad — que una vez probados sus crímenes, ese hombre expiará la deshonra, la demencia y la muerte que ha causado. Si la ley no basta para castigarlo, si su astucia es igual á sus delitos, á su astucia se opondrá otra astucia, y á sus crímenes, otros crímenes que tendrán el mismo efecto contra ese infame, que el justo suplicio impuesto por una mano inexorable al asesino oculto y cobarde.

— ¡ Ah ! señor, ¡ el cielo os oiga ! No pido venganza por mi causa, sino por mi padre demente... por mi hijo muerto al nacer...

Y haciendo en seguida el último esfuerzo para sacar á Morel de su frenesí, Luisa volvió á gritar :

— ¡ Adiós, padre !... ¡ Me llevan á la cárcel... no nos veremos más ! Mirad que soy vuestra hija... ¡ Padre !... ¡ Padre !

Nada respondió Morel á la voz trémula y desesperada de su hija. Esta voz no resonó en un corazón paternal petrificado por el dolor... en un espíritu aniquilado por la intensidad del sufrimiento.....

Abrióse en esto la puerta.

El comisario entró en el desván.

— Mis momentos están contados — dijo á Rodolfo. — Os advierto á pesar mío que no puedo consentir que se alargue más vuestra entrevista.

— Está concluida, señor comisario — respondió Rodolfo con amargura señalando hacia Morel. Luisa no tiene ya nada que decir á su padre... ya no puede escucharla... se ha vuelto loco...

— ¡ Santo Dios !... ya me lo temía yo... ¡ Oh ! ¡ esto es espantoso ! — exclamó el magistrado.

Y acercándose luego al lapidario, le observó durante un minuto y se convenció de tan dolorosa realidad.

— ¡ Ah ! — dijo con tristeza á Rodolfo — ya había pedido al cielo que se descubriese la inocencia de esta pobre joven... Pero al ver esta desgracia, haré más que desear su remedio... Haré ver que es una familia honrada y afligida ; hablaré del último infortunio que ha caído sobre ella, y los jueces tendrán un motivo más para declarar inocente á esta niña desgraciada.

— Bien, comisario — dijo Rodolfo — obrando de ese modo, no desempeñaréis un empleo, sino que ejerceréis un sacerdocio...

— Creedme, caballero ; nuestra misión es siempre tan penosa, que sentimos una satisfacción cuando podemos interesarnos por una persona honrada y buena.

— Permitidme que os diga otra palabra : las revelaciones de Luisa Morel me han probado evidentemente su inocencia... ¿ Podriais decirme cómo se ha descubierto ó denunciado su pretendido crimen ?

— Esta mañana — repuso el magistrado — una ama de llaves del notario Mr. Jaime Ferrán, vino á decirme que después de la salida inesperada de Luisa Morel, que estaba embarazada de siete meses, había subido al cuarto de esta joven, y que había descubierto señales de un parto clandestino; y que siguiendo unas huellas marcadas en la nieve, se había descubierto el cuerpo de un niño recién nacido enterrado en el jardín. Oída la declaración de dicha mujer me constituí personalmente en la casa de Mr. Ferrán, calle de Sentier, en donde hallé al notario muy indignado de que tal escándalo hubiese sucedido en su casa. El señor cura de la iglesia de Bonne-Nouvelle, á quien había llamado el notario con este motivo, declaró también ante mí que la hija de Morel había confesado un día su falta delante de él, implorando al mismo tiempo la indulgencia y la piedad de su amo; y que además había presenciado muchas veces las severas reprobaciones que Mr. Ferrán daba á Luisa, pronosticándola que se perdería tarde ó temprano; « perdición, » añadió el cura, « que por desgracia acaba de realizarse. » La indignación de Mr. Ferrán — continuó el comisario, — me pareció tan ingenua y legítima, que hube de identificarme con ella. Díjome que Luisa Morel se había refugiado sin duda en casa de su padre; y al momento vine aquí, pues el cuerpo del delito me daba derecho para proceder á un arresto inmediato.

Rodolfo procuró contenerse al oír hablar de la *indignación* del notario, y dijo al magistrado :

— Os doy gracias, por vuestra bondad y por el auxilio que ofrecéis prestar á Luisa; voy á hacer conducir ese infeliz á una casa de locos, y lo mismo á la madre de su mujer...

Y dirigiéndose luego á Luisa, que arrodillada delante de su padre, procuraba en vano traerlo á la razón, continuó :

— Resignaos, hija mía, á salir sin despediros de vuestra madre... Evitadla ese rato doloroso... No temáis por su suerte, que nada faltará desde hoy á vuestra familia : se buscará una mujer que cuide de vuestra madre y de vuestros hermanos, bajo la vigilancia de vuestra buena vecina la señorita Alegria. En cuanto á vuestro padre, se hará todo lo que estuviere al alcance humano para que su curación sea pronta y completa... Valor, hija mía. La suerte persigue á veces cruelmente á las personas honradas, pero salen al fin del infortunio más puras, más fuertes y más respetadas...

.....

Dos horas después del arresto de Luisa, condujo David á Bicetre por orden de Rodolfo al lapidario y á la vieja idiota, encargando que se tratase á los dos dementes con un cuidado especial. Morel salió sin hacer la menor resistencia de la casa de la calle del Templo; su locura era mansa, triste é inofensiva, y se dejaba conducir. La vieja tenía hambre, y se fué tras el pan y la carne que le

enseñaron. Las piedras del lapidario, confiadas á su mujer, fueron entregadas el mismo día á madama Mateo, la corredora, que vino á recogerlas. Por desgracia, el Cojuelo, sabiendo el valor de las piedras, que se tenían por falsas, según el coloquio que había pasada entre Morel y los alguaciles, siguió á esta mujer, y se aseguró de que vivía en el baluarte de San Dionisio, n.º 11.

Alegria informó con suma precaución á Magdalena Morel del acceso de demencia del lapidario, y de la prisión de Luisa. Lloró Magdalena amargamente, dió gritos de desesperación; y pasada la primera efervescencia del dolor, la pobre criatura, débil y postrada por el mal, se consoló poco á poco al verse á sí misma y á sus hijos rodeados del bienestar que debían á la generosidad de su protector.

Con respecto á Rodolfo, nada tan triste como las ideas que le acometieron al acordarse de las revelaciones de Luisa.

» No hay cosa más frecuente, se decía, que esa corrupción más ó menos violenta en que los amos hacen incurrir á sus criadas : unos por medio del terror y la sorpresa; otros por la imperiosa naturaleza de las relaciones que crea la servidumbre.

» Esta depravación, que baja del rico al pobre, y que desprecia, para satisfacerse, la inviolabilidad del hogar doméstico; esta depravación odiosa, toma el carácter más horrible cuando se impone forzosamente. Es una servidumbre impura y brutal, un cautiverio innoble y bárbaro de la criatura, que corresponde con el llanto á los deseos de su amo, y á sus halagos con los temblores del miedo y las zozobras de la inquietud.

» Y para una mujer, ¿ qué funestas consecuencias trae consigo esta irracional tiranía ! casi siempre el envilecimiento, la miseria, la prostitución, el robo, y el infanticidio muchas veces !

» Y la ley es impotente para estos casos.

» Todo cómplice de un crimen debe sufrir la pena señalada para el mismo crimen. Á todo encubridor de ladrones se impone una pena semejante á la del ladrón.

» Esto es racional y justo.

» Pero si un hombre, por entretener su ociosidad ó por otro motivo de esta especie, seduce á una joven inocente y la hace madre, la abandona, la condena á la vergüenza, al infortunio y á la desesperación, y la impele de este modo á cometer un infanticidio, que ella debe pagar con la cabeza, ¿ deberá ser considerado este hombre como cómplice ?

» ; Tontería ! ; Futilidad !

» ; Qué importa ! maldita la cosa ; amoríos, capricho del momento inspirado por un buen palmito... y satisfecho el deseo á satisfacer otro.

» Pero aun hay más : por poco este hombre (sin perjuicio de que en lo demás

sea el más perfecto del mundo), oirá con la mayor serenidad el interrogatorio de su víctima en el tribunal.

» Si se le llama como testigo, se divertirá en aconsejar á aquellos entes extraños que hagan guillotinar sin pérdida de tiempo á la muchacha, en honra y gloria de la moral pública, y dirá :

— » Tengo que revelar un hecho importante al tribunal.

— » Hablad.

— » Señores jurados :

» Es verdad que esta infeliz era virtuosa y pura... Es cierto que la he seducido... También lo es que la he hecho madre. Pero después, como era rubia, me cansé de ella y la abandoné por otra que era morena. En todo esto no hice más que usar de un derecho imprescriptible, de un derecho sagrado que la sociedad reconoce y al hombre dispensa...

— » La verdad es que está en su derecho — se dirán unos á otros los jueces.

— No hay ninguna ley que prohíba el hacer madre á una chica rubia, y abandonarla en seguida por otra morena.

— » Ahora, señores jurados, esa desventurada dice que ha muerto á su hijo... (diré más bien mi hijo, por más que la haya abandonado), porque la he abandonado, y porque viéndose sola y reducida á la más profunda miseria, tuvo miedo de tal situación y perdió la cabeza. ¿Y por qué perdió el juicio? porque, según dice, teniendo que cuidar de su hijo y que alimentarlo, le era imposible trabajar el tiempo necesario para ganar su sustento y el del fruto de nuestro amor. Pero estas razones son, á mi modo de ver, de ningún valor ni efecto; porque bien pudo esa muchacha irse á salir de su estado á una casa de maternidad... si había lugar para ella. Y además ¿quién le impidió ir en el momento crítico á casa del comisario de barrio, para declarar su... vergonzosa situación á fin de que la autorizase para dejar el chiquillo en la casa de Niños Expósitos? ¿No pudo acaso esa chica salir del atolladero por un medio menos salvaje, mientras yo buscaba mi vida por otra parte aguardando á la otra morena repartido en el café? Porque hablando en plata, señores jurados, yo no veo nada más cómodo que este modo de desembarazarse uno del fruto de algunos momentos de error y de placer, y de sacudir la mosca del remordimiento y de los cuidados del porvenir. Pues no faltaba más que una pobre muchacha, después de haber perdido el honor, de haber arrostrado el menosprecio y la infamia y de haber llevado en el seno un hijo ilegítimo por espacio de nueve meses... tuviese también que criarlo, que cuidarlo, que mantenerlo, que buscarle colocación, que hacer de él, en fin, un hombre honrado como su padre, ó una muchacha honrada, que no se prostituya como su madre... Porque, en una palabra, los deberes de una madre son muy sagrados, y las madres que desprecian estos deberes sagrados son dignas de un castigo ejemplar y terrible... Por esto,

señores jurados, os digo y os repito que debéis entregar inmediatamente al verdugo esa malvada, con lo cual os acreditaréis de ciudadanos virtuosos, independientes é ilustrados. He dicho. »

» Este señor considera la cuestión bajo un punto de vista eminentemente moral — dirá con mucha seriedad algún calcetero enriquecido por ensalmo, ó algún pisaverde convertido en presidente del jurado : — no hizo más ni menos que lo que todos haríamos en su lugar, porque la rubita tiene un salero que ya; aunque es algo descoloridota. El bueno del hombre es de esos á quienes gustan todas, como dice él, y en verdad que no hay en el mundo ley que se lo prohíba. En cuanto á esa desdichada, no hay duda que ella tuvo la culpa; y sino ¿por qué no se ha defendido? Entonces no hubiera tenido que cometer un crimen... un crimen espantoso... que conmueve los mismos cimientos de la sociedad. »

» Y el calcetero enriquecido por ensalmo, y el pisaverde tendrán muchísima razón.

» Y según esto ¿podríamos acriminar á ese caballero? ¿de qué complicidad directa ó indirecta, moral ó material podría acusársele?

» El dichoso enamorado confiesa que ha seducido á una joven hermosa, y que la abandonó en seguida; ¿en dónde está la ley que prohíba lo uno ni lo otro?

» ¿No dice la sociedad en casos semejantes, lo mismo que aquel padre de cierto cuento picaresco :

» ¡ Cuidado con las yeguas... que he soltado el potro!

» Pero si un pobre miserable, por necesidad ó timidez, ó ignorancia de las leyes que no sabe leer, compra á sabiendas un andrajo procedente de un robo... irá por veinte años á presidio como encubridor, si la pena del ladrón son veinte años de presidio.

» Este es un raciocinio lógico.

» Sin encubridores no habría ladrones.

» Sin ladrones no habría alcahuetes.

» No... no debe haber piedad... menos piedad debe haber todavía para el que induce al mal, que para el que lo comete... Impóngase en buenhora el castigo más terrible á la más leve complicidad... Este es un pensamiento severo, fecundo, elevado y moral.

» No nos prosternemos desde luego ante la sociedad que ha dictado esta ley... acordémonos antes que esta misma sociedad, tan inexorable contra la menor complicidad en los crímenes *contra las cosas*, está de tal modo constituida, que el hombre ingenuo y sencillo que intentase probar que hay á lo menos mancomunidad moral y complicidad material entre el seductor inconstante y una joven seducida y abandonada, pasaría por un visionario.

» Y si este hombre sencillo se aventurase á decir que sin padre... no habría

hijo ninguno... llegarían los gritos al cielo contra semejante atrocidad, contra semejante locura.

» Y habría razón en esto ; porque ese hombre, capaz de decir tan buenas cosas ante el jurado, por poco dado que fuese a escenas trágicas, vería con la mayor tranquilidad cortar el pescuezo á su querida, por el crimen de infanticidio de que había sido cómplice, ó por mejor decir autor, á causa de su horrible abandono...

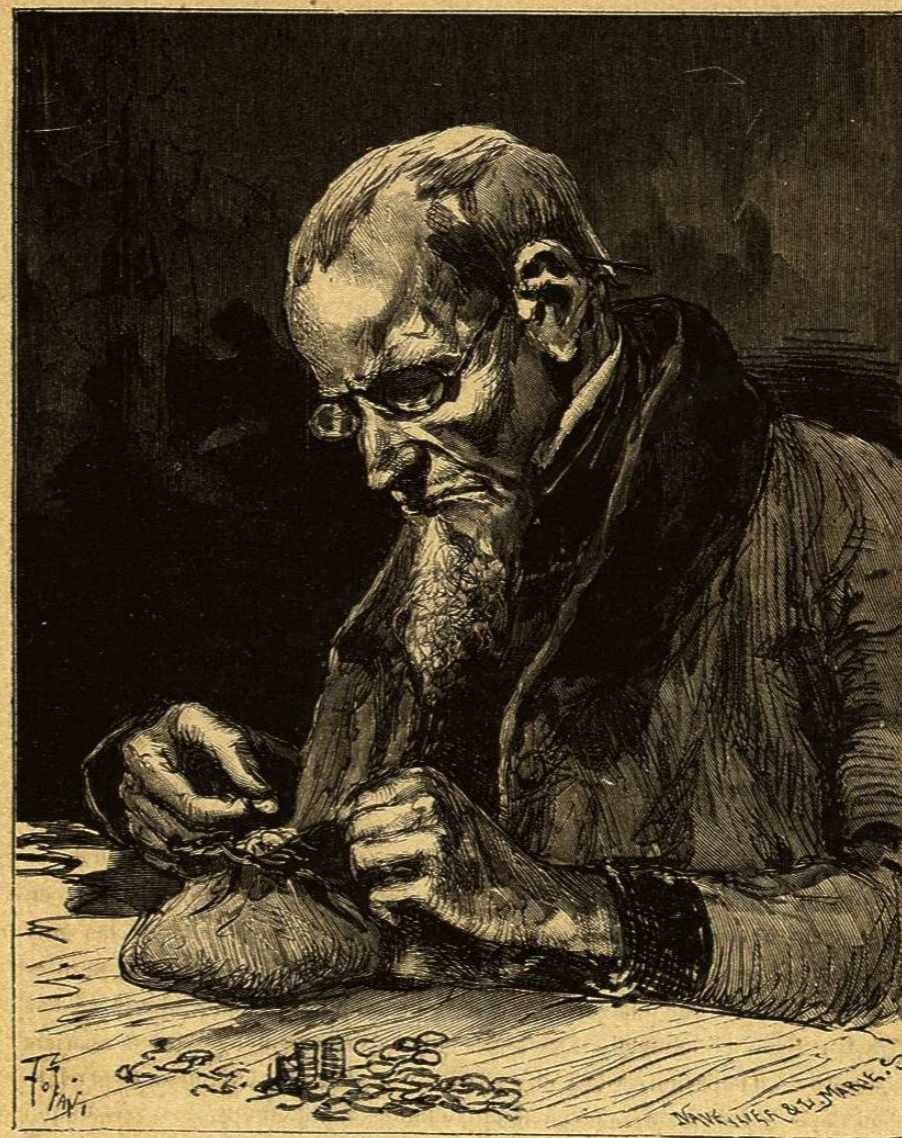
» ¿ No prueba acaso esta sabia protección, conferida á la parte masculina de la sociedad para las diabluras inspiradas por el travieso dios del amor, que los franceses conservan todavía el culto de las Gracias, y que constituyen el pueblo más galante y cortesano del mundo ? »

XIII

JAIME FERRÁN

Cuando ocurrían los sucesos que acabamos de referir, extendiase en uno de los extremos de la calle de Sentier una larga pared resquebrajada y mal cubierta con una capa de yeso, en que asomaban infinidad de trozos de vasos y botellas. Esa pared cercaba un costado del jardín del notario, y remataba en el cuerpo del edificio levantado sobre el nivel de la calle y con un solo piso y azotea. Veíanse dos anchos escudos de bronce dorado á los lados de la carcomida puerta cochera, tan sucia de barro que era imposible adivinar su color primitivo. Esa puerta conducía á un camino cubierto, á cuya derecha estaba la habitación de un portero viejo y medio sordo, que representaba en el gremio de sastres el mismo papel que Mr. Pipelet en el de zapateros ; y á la izquierda, una cuadra que servía de bodega, cuarto para las coladas, leñera y vivienda de una naciente colonia de conejos á cargo del portero y á quien el cuidado de esos animales domésticos distraía de los pesares de su viudez reciente. Comenzaba al lado de la porteria el hueco de una escalera tortuosa, angosta y oscura que iba á parar al estudio, de lo cual era indicio una mano negra pintada en la pared, cuyo índice apuntaba en dirección del siguiente letrero escrito con letras también negras : *El estudio está en el primer piso.* Á un lado de un gran patio empedrado y cubierto de hierba se veían algunas cocheras desocupadas ; hacia el otro una reja de hierro enmohecida y que cerraba el jardín, y en el fondo un edificio aislado, que ocupaba el notario. Diez escalones de piedras desunidas, vacilantes, verduzcas y gastadas, conducían á aquel edificio cuadrado que constaba de una cocina y otras piezas subterráneas, una habitación baja, un primer piso y la guardilla en que durmió Luisa.

El edificio parecía amenazar ruina por todas partes ; profundas rendijas surcaban las paredes ; las ventanas y persianas en otro tiempo pintadas de color de plomo, se habían vuelto casi negras ; las seis del primer piso que daban al patio



Jaime Ferrán.

no tenían cortinas, y los vidrios estaban cubiertos de polvo y suciedad, y en el piso bajo se veían al través de los cristales algo más transparentes cortinas de cotonia amarilla muy deslucidas. Hacia el lado del jardín no tenía el edificio